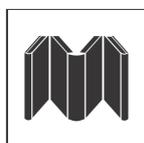


MARIA NIKOLAI

La mansión  
de los  
chocolates  
Los años inciertos

*Traducción:*

MARTA ARMENGOL ROYO  
y LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

# 1

*Chocolatería Bonnat en Voiron, Francia, principios de junio de 1936*

UN PROMETEDOR BAÑO de chocolate se derramó sobre el pálido bizcocho relleno de crema de vainilla y lo envolvió con una capa reluciente. Una vez frío, resultaría agradable y crujiente al primer mordisco, por eso era importante que la cobertura fuera finísima y se viera impecable, sin goteos ni irregularidades.

Con un pulso firme fruto de muchas horas de práctica, Viktoria recubrió un pastelito tras otro mientras observaba con gran concentración cómo la cobertura se repartía y el chocolate sobrante caía gota a gota. Para finalizar, decoró cada una de las piezas con mimo con una celosía de azúcar y una almendra y metió la bandeja de bocados deliciosos y únicos en el refrigerador. A la mañana siguiente se exhibirían en el mostrador de la *chocolaterie*, donde esperarían a los compradores junto con otras exclusivas delicias de ensueño.

Con un suspiro apenas perceptible, se relamió los restos de chocolate de los dedos, se lavó las manos y se quitó el delantal.

Había llegado la hora.

—¿Estás triste? —Su compañera, Colette, se acercó a ella, que se encontraba junto al fregadero—. Pareces muy... melancólica.

—Ay, sí. Es mi último día.

—Te echaremos de menos. —Colette se echó jabón en las manos y las puso bajo el chorro de agua—. Sobre todo, Luc. Ya se ha ido, por cierto. ¿Tenéis algo planeado para hoy?

—La verdad es que no tengo tiempo —dijo Viktoria poniéndose la chaqueta.

La chica le guiñó un ojo, cerró el grifo y agarró una toalla.

—¿Te has despedido ya del *maître* Bonnat, Viktoria? —preguntó entonces—. Está en el despacho.

—Ya lo sé. Ahora voy a verlo.

—¡Te tiene en tan buena consideración! No serás fácil de sustituir.

Viktoria asintió. Sabía que *maître* Bonnat apreciaba el trabajo que realizaba.

—A veces no nos corresponde elegir nuestro propio destino —dijo en un tono apagado—. ¿Estarás cuando salga? ¿O tengo que despedirme ya de ti?

Su amiga esbozó una sonrisa.

—Ve a despedirte de él sin prisa. Te espero para que volvamos a casa juntas —dijo. La muchacha vivía en la rue Carabonneau, no muy lejos de Viktoria.

—Vale. No tardaré mucho.

Salió de la sala de producción y se dirigió al despacho del propietario. Unos aromas fabulosos la acompañaron por las escaleras que conducían al piso de arriba, donde se ubicaban las oficinas de la empresa de gran abolengo.

Se detuvo frente a una pesada puerta de encina y titubeó. Le pareció oír voces que provenían del interior de la habitación, pero no estaba segura. ¿Y si el *maître* tenía visita y lo molestaba?

Por fin se atrevió a llamar. Esperó a oír el familiar «*Entrez!*» y abrió la puerta.

—¡Ahí viene! —exclamó una multitud de voces.

—¡Viktoria!

Alguien descorchó una botella de champán con gran estrépito y, antes de que se diera cuenta, se encontró rodeada de gente: el *maître* Bonnat, su esposa, los *chocolatiers*, las dependientas, los chicos de los recados... Solo faltaba Luc.

Colette entró detrás de ella con una gran sonrisa.

—¿Qué me dices? —preguntó en un susurro—. ¿Estás contenta?

La joven se había quedado sin palabras.

—¡*Mademoiselle* Rheinberger! ¡Parece usted asombrada! —exclamó el *maître* Bonnat, que llevaba plasmada en la cara la alegría por el éxito de la sorpresa—. ¿Cómo íbamos a dejarla marcharse sin una despedida como es debido?

—Yo... Yo... —tartamudeó—. Sí, bueno, no. No contaba para nada con algo así.

—¡Pues mejor! —exclamó Colette mientras servía el champán—. ¡A tu salud, querida mía!

Le ofreció a Viktoria una copa llena hasta arriba y a continuación la condujo al centro del despacho. El *maître* pidió silencio.

—*Mademoiselle* Rheinberger —empezó sin andarse por las ramas—. Cuando llegó a esta casa, lo hizo llena de ambición y dispuesta a conseguir experiencia en el puesto. Dos años más tarde, se ha convertido usted en una *chocolatière* extraordinaria.

—¡Bravo! —todos se deshicieron en aplausos.

—Su familia es muy afortunada de que vuelva a casa —prosiguió Bonnat—. Ha sido una suerte tenerla con nosotros. Conoce el oficio, pero, además de eso, tiene ideas propias. Una creatividad como la suya es un tesoro para cualquiera que trabaje con usted. Todos nosotros —dijo

mientras señalaba a los presentes con un gesto— le deseamos lo mejor en los nuevos retos que la esperan. Aunque sabemos que no será fácil —añadió con un carraspeo—. Pero, por encima de todo, le damos las gracias: gracias por formar parte de nuestra familia chocolatera. Estamos muy orgullosos y la recordaremos gracias a todas las creaciones que ha desarrollado durante estos años, y que por supuesto seguiremos produciendo. ¡A su salud!

El tintineo de las copas de champán llenó la estancia.

Conmovida, Viktoria bebió de la copa. Aquel momento le parecía irreal.

Uno tras otro, los trabajadores se despidieron de ella. Estrechó manos y repartió besos, respondió preguntas sobre su familia y la fábrica de chocolate que tenían en Stuttgart y prometió que escribiría.

Acto seguido apareció el *maître* con un cofre de madera en la mano.

—*Mademoiselle* Rheinberger. Quisiera ofrecerle este obsequio como recuerdo del tiempo que ha pasado en Voiron.

—Ay... No hacía falta...

—Le aseguro que sí que hace falta —le respondió mientras abría la cajita para que viera lo que contenía.

Sobre una base de terciopelo azul había un juego de diez utensilios con el mango de nogal para trabajar el chocolate, todos diferentes. Había tenedores de dos, tres y cuatro dientes, espirales, anillas e incluso una pequeña rejilla, todos con su correspondiente empuñadura de madera torneada. Eran ideales para aplicar coberturas a los dulces y a los bombones, y también para decorarlos con precisión.

—No... no puedo aceptarlo —tartamudeó Viktoria, pero Bonnat le dirigió una sonrisa afable.

—Claro que puede. —Entonces cerró la cajita y la puso en la mano de la muchacha con firmeza—. ¡Que la disfrute!

Ella acarició la madera pulida.

—Gracias, *maître*. La conservaré con orgullo.

—No lo dudo. ¡Úsela a menudo! —dijo tendiéndole la mano—. Pero no nos haga mucha competencia.

Aquello la hizo sonreír.

—Lo haré lo mejor que pueda.

El *maître* asintió.

—Le deseo lo mejor, *mademoiselle* Rheinberger. Le diré *au revoir* y no *adieu* porque me gustaría que volviéramos a verla aquí, en Bonnat.

## 2

*Rue du Jardinnet, Voiron, dos horas más tarde*

EL LEVE CHASQUIDO de la puerta de entrada anunció su llegada. Viktoria sonrió para sí al oír los pasos de Luc mientras subía por los gastados peldaños de madera antes de llamar a la puerta con ímpetu y entrar de forma brusca sin esperar respuesta.

—*Ma belle!* —Como siempre, la estrechó entre sus brazos, la besó y la hizo girar en volandas hasta que ella le pidió sin aliento que parara. Él dio dos vueltas más antes de dejarla con cuidado en el suelo.

—¡Luc! —Viktoria se aferró a él hasta que se le pasó el mareo—. ¡Te has perdido mi fiesta de despedida! —dijo en un tono que no quería sonar a reproche, aunque era evidente la desilusión que sentía.

—Tenía mis motivos —respondió, estrechándola contra él.

—Ah... Y ahora te presentas aquí sin más, a sabiendas de que no quería que me molestasen —protestó ella—. Tengo que hacer las maletas.

—Si yo no vengo a molestarte... —Su acento del sur de Francia no hacía más que subrayar el aire travieso de aquellos ojos castaños—. ¡Vengo a secuestrarte!

—¿A secuestrarme? —Viktoria se soltó con cuidado y se acercó a la gran maleta abierta que había sobre la cama—.

Mañana me voy y aún tengo muchísimo que hacer —dijo, y señaló los montones de ropa que yacían amontonados de cualquier manera sobre el diván, las dos sillas de madera y la mesa que había en el centro de la habitación.

El joven paseó la mirada por todo aquel desorden.

—Mañana será otro día —dijo con una sonrisa—. Y hoy todavía estás aquí. ¿Qué me dices?

Ella suspiró. Así la despedida sería aún más difícil.

—Está bien, voy a cambiarme. Pero solo si me esperas abajo. —Después de casi dos años en Voiron, hablaba francés con fluidez—. Y ándate con ojo, no vaya a pillarte *madame Dupont*.

La sonrisa de Luc se ensanchó.

A decir verdad, él no debería estar allí, Viktoria tenía prohibidas las visitas masculinas. Pero como *madame Dupont*, la casera, era un poco dura de oído, no le resultaba muy difícil pasar sin ser oído frente a la puerta de sus aposentos para colarse en el piso superior de la casita de la rue du Jardinnet.

—Ya me voy —dijo lanzándole un beso—. ¡No me hagas esperar mucho!

Viktoria meneó la cabeza mientras él ya corría escaleras abajo. Luc era una fuerza de la naturaleza, espontáneo e impetuoso. Le llamó la atención desde su primer día en Chocolat Bonnat.

Recordaba a la perfección que estaba preparando una crema de pistacho que anunciaba un resultado desastroso... hasta que Luc acudió en su auxilio con un par de consejos muy acertados, gracias a los cuales pudo ofrecer al *maître* dos bombones de pistacho muy logrados. Después de aquello, sus sentimientos por él ya no tuvieron remedio.

Pero ¿qué pasaría cuando se marchara?

La vida cambiaría por completo. Al principio pensaba quedarse otro año más en Bonnat, pero los sucesos de las últimas semanas habían dado al traste con sus planes. Tenía que apoyar a su madre en aquellos tiempos difíciles. La muerte de su padre había dejado un vacío atroz.

Viktoria se aflojó el cinturón del vestido entallado de algodón azul cielo y se lo quitó. Conociendo a Luc, la llevaría al campo, así que se puso una blusa y una falda pantalón y se peinó con los dedos la rubia y ondulada melena que le llegaba hasta los hombros, y que el sol había llenado de reflejos dorados. Solía llevar el pelo suelto, solo se lo recogía para trabajar. Muy raras veces se hacía un moño bajo, el peinado de moda, que por muy bonito que quedara, a ella le resultaba incómodo. Por último, se puso unos zapatos con cordones y bajó.

SE ENCONTRÓ A Luc apoyado en la fachada mientras daba caladas indolentes a un cigarrillo junto a su motocicleta Peugeot P107. Al verla llegar, arrojó la colilla al suelo, se sentó a horcajadas sobre el asiento y la invitó a montar con un gesto.

—*On y va* —dijo antes de arrancar.

Viktoria se había conseguido colocar entre Luc y una cesta de pícnic que iba atada al portaequipajes, y lo abrazó por la cintura para no caer.

—¿Adónde vamos?

—¡Es una sorpresa! —exclamó él mientras aceleraba.

La motocicleta salió disparada con un petardeo. Por el rabillo del ojo, Viktoria vio cómo el nubarrón oscuro que el tubo de escape dejaba atrás rodeaba a un gato atigrado que se había quedado observando con curiosidad cómo arrancaban. El animal se apresuró a desaparecer dentro de la casa más cercana.

La motocicleta recorría veloz las calles y callejuelas de la ciudad, y Viktoria pronto sospechó adónde se dirigían. Era buena idea ir al lago de Paladru en una tarde tan bonita como aquella, aunque, lo que se dice original, no era. Ya habían estado allí muchísimas veces. Aquello no hacía más que aumentar su curiosidad por saber lo que Luc le tendría preparado en la última tarde que pasarían juntos.

Pegada a su espalda, disfrutó de los tres cuartos de hora que duró el trayecto. No era un tipo alto, ni atlético, sino más bien esbelto y nervudo. Llevaba el cabello castaño oscuro siempre revuelto y nunca iba bien afeitado. Tenía veinte años, la misma edad que ella, pero parecía mayor, cosa que tal vez se debiera a la piel tostada por el sol y a las pensativas arrugas de la frente, que no encajaban en absoluto con su aire despreocupado.

A Viktoria no le había quedado más remedio que aceptar que era muy popular entre las chicas. Apreciaba en él su sentido del humor y su inclinación por la cara más bonita de la vida, además de su ternura.

Iban de excursión siempre que el tiempo lo permitía: habían coronado la cima del macizo de la Chartreuse, habían recorrido crestas rocosas y valles de piedra caliza y se habían bañado en ríos que partían el paisaje en dos. En una ocasión, ella se rompió un brazo en una de aquellas excursiones y él no se separó de su lado hasta que acudieron en su auxilio. En otra ocasión, habían realizado un osado recorrido en motocicleta que no parecía tener fin hasta llegar al mar Mediterráneo, donde habían pasado una noche en la playa y habían compartido una *baguette* y una botella de vino tinto bajo la luz de la luna. Viktoria sufría el agotamiento de aquellos viajes durante días, pero eran experiencias bellas e inolvidables.

—¿Estás bien? —preguntó él por encima del hombro, como si le leyera la mente.

—Sí, ¡no podría estar mejor! —respondió mientras trataba de apartar de su pensamiento la despedida inminente. Mañana sería otro día, como él había dicho. Todavía estaban juntos.

Se concentró en el paisaje que discurría a toda velocidad ante sus ojos. Campos y prados, bosquecitos de castaños, robles y hayas, las casas de los pueblos por los que pasaban. El viento que le acariciaba el pelo era cálido y agradable, propio del mes de junio.

En cuanto pasaron de largo del pueblecito de Charavines, Viktoria se enderezó. A la derecha, el azul turquesa del lago refulgía entre las ramas de los árboles y los matorrales que separaban la carretera de la orilla. Finalmente, Luc se salió del camino y la Peugeot P107 avanzó unos cuantos metros por un terreno irregular hasta detenerse junto a un roble gigantesco, cuyas pesadas ramas se inclinaban sobre el lago. Con un restallido sordo, el motor enmudeció.

Se giró hacia Viktoria.

—Ya hemos llegado.

—¡Ah! —dijo apeándose de la moto mientras él aparcaba y sacaba la cesta de pícnic del portaequipajes—. ¿Vamos a tomar algo aquí?

—Aquí no. ¡Ven!

La tomó de la mano y echaron a andar junto a la orilla. Los pasos crujían sobre la gravilla, las delicadas olas del lago lamían con un chapoteo silencioso el pequeño terraplén que conducía al agua.

Al poco, Viktoria vio un bote de remos en un rincón.

—¿Haremos una expedición en barco?

Él rio por lo bajo.

—Pues sí —contestó y le soltó la mano. Se acercó al bote y dejó la cesta en el interior. Entonces se giró hacia

Viktoria, que se había acercado a él—. ¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí?

—Pues claro que me acuerdo. Acabé con los pies empapados.

—Ese bote tenía una fuga, pero este parece que está bien.

—¿Lo has traído tú? —preguntó.

—He pedido que lo trajeran. A un pescador —respondió Luc mientras se afanaba en meter la barca en el agua. Viktoria se puso a su lado para ayudarlo a empujar y, unos minutos después, el bote se deslizaba sobre la superficie del agua.

—Ahora ya sé adónde querías traerme —dijo ella mientras observaba a una madre pato acompañada de sus cinco patitos, que nadaban junto a ellos—. Pero no tengo ni idea de qué sorpresa me espera aquí. ¿Tal vez un monstruo, como el del lago Ness?

Luc se echó a reír de una forma muy sugerente mientras continuaba adentrándose en el lago a golpe de remo, hasta que el tono verde azulado de la orilla dio paso a un profundo azul oscuro. Al lago de Paladru también lo llamaban *lac Bleu*, el lago azul, y con razón. Se contaban innumerables leyendas sobre aquellas aguas y sobre la *Dame Blanche*, la Dama Blanca, que desapareció con su amado en el lago siglos atrás. Desde entonces se la veía a menudo por el lugar.

Era evidente que ellos no iban a desaparecer, pero ¿y si él se disponía a mostrarle uno de los lugares en los que se aparecía la Dama Blanca?

—Bueno, pues ya hemos llegado —dijo él entonces, como si le leyera el pensamiento.

—¿Aquí?

Viktoria miró a su alrededor. Se encontraban a medio camino entre la orilla este y la oeste del lago alargado, que

en aquel punto debía de tener cerca de un kilómetro de amplitud.

Él asintió y metió los remos dentro del bote.

—¿Vamos a pescar? —preguntó Viktoria.

—Espera un momento. —Luc había agarrado la cesta de pícnic para colocarla sobre la banqueta de madera que había frente a ella.

—¿Tienes ahí el cebo?

—Se podría decir que sí —dijo y sonrió de oreja a oreja.

—Ay, Luc, no, no... —replicó Viktoria con aire apurado—. Ya sabes que yo no...

—No se trata de eso, *ma belle* —dijo él en un tono algo molesto.

—Perdona, por favor —dijo Viktoria, que se arrepintió enseguida de su reacción precipitada—. No insinuaba que te propusieras hacer nada indecente.

—Bueno, un poquito sí —respondió él inclinándose ante la cesta para desabrochar las correas de cuero—. Ya sé lo que opinas de esas cosas.

La joven suspiró. Los franceses se tomaban muy a la ligera eso del *amour*.

—Pero sí que podría decirse que en la cesta hay un cebo —siguió él mientras levantaba la tapa y sacaba un mantel de cuadros blancos y rojos—. Al menos, algo para que no me olvides.

Viktoria se asomó curiosa para ver lo que había en la cesta.

—¿Tarritos en hielo?

—Exacto —respondió Luc mientras extendía el mantel. A continuación, empezó a sacar los tarros de cristal uno detrás de otro y los dispuso en dos hileras.

—¡Ah! ¿Es chocolate?

Él asintió a la vez que abría el primer tarro.

—Vamos a hacer un pícnic de chocolates.

Viktoría aplaudió entusiasmada.

—¡Es una idea maravillosa, Luc!

—¿A que sí?

—Te perdono que no estuvieras esta tarde en la fiesta. Debías de estar ocupado preparando todo esto.

—La verdad es que sí. —Con una sonrisa de satisfacción, le tendió un palillo de madera con un bombón ensartado en un extremo—. ¡Prueba este! Pero con los ojos cerrados.

Aceptó el palillo, cerró los ojos y se lo metió en la boca.

—¡Es un... *Pralin Sport*! Sí, desde luego, qué aroma más intenso a avellanas tostadas.

—¡Lo has adivinado!

—¡Pues claro! —Viktoría abrió los ojos—. He vendido un montón de ellos a turistas que se van de excursión.

—Ahora prueba el siguiente. —Luc abrió otro tarro y se lo ofreció.

Ella tomó uno de los triángulos recubiertos de chocolate y clavó los dientes en la cobertura crocante.

—Un *Gâteau Sphinx en miniature*. Riquísimo. ¡Anda que no pasamos tiempo trabajando en ellos!

—Desde luego. Y nos salieron buenísimos —recordó él y se metió uno en la boca—. El relleno de merengue es fantástico.

A continuación, abrió el resto de los tarros y dispuso, una a una, las distintas creaciones sobre el mantel para que Viktoría las probara.

—Llevo semanas reproduciendo las mejores recetas de Bonnat. Esta, por ejemplo —dijo mostrándole un pastelito rectangular—. Nuestro *plum cake*, con ron de verdad —explicó mientras se lo tendía con un guiño.

—Mmm... —murmuró ella con la boca llena—. ¡Qué buena idea lo del ron!

Luc le guiñó el ojo de nuevo.

—Y se me ocurrió otra cosa un poco... digamos, peculiar. —Metió la mano en el cesto y sacó una *baguette*, una botella de champán y una cajita—. ¿Sabes qué es lo que más me gusta desayunar? Una *baguette* con chocolate.

Viktoria asintió entusiasmada.

—Como un *pain au chocolat*. Eso lo comía en casa.

—¿Ya lo has probado?

—Pues sí. En Stuttgart, desde hace algunos años, se vende un chocolate que se puede untar en el pan.

—¿Lo fabrican tus padres?

—No, otra empresa.

—Vaya, y yo que creía haber inventado algo novedoso —dijo él con un movimiento teatral de la cabeza—. Bueno, sea como sea, te presento mi *pain au chocolat*. ¡Seguro que está más bueno que el de la competencia! —exclamó mientras partía la *baguette* y abría la cajita metálica—. Es chocolate con leche en polvo y vainilla, nada más.

—Las cosas más sencillas suelen ser las mejores.

Observó que Luc desenvolvía una fina tableta de chocolate con dedos ágiles y la colocaba sobre el pan.

—¡Toma!

—Gracias. —Viktoria sostuvo el pan entre las manos y esperó a que él cubriera el chocolate, que ya empezaba a derretirse al calor de los dedos, con otra rebanada.

—Y, por supuesto —continuó él—, hay que acompañarlo con... ¡champán!

Dejó la *baguette* rellena de chocolate sobre el mantel y descorchó la botella.

—Será un acompañamiento maravilloso —dijo Viktoria—. Aunque hoy ya he bebido un poco.

—De eso hace un par de horas —replicó Luc ofreciéndole la botella—. Además, solo he traído una taza, nada de copas, *ma belle*.

—No hacen falta copas. A mí me gusta más así. —Le guiñó un ojo, esperó a que él le sirviera y dio un sorbo a la taza. A continuación, le dio un bocado al *pain au chocolat*.

—Delicioso. Sencillo, refinado... ¡y riquísimo!

Disfrutaron del pícnic entre bocados de chocolate y sorbos de champán. Entonces Luc se puso en pie de repente e hizo zozobrar el bote. Viktoria se agarró al asiento.

—¿Qué te propones?

—Voy a bañarme.

—Pero... —Antes de que pudiera expresar sus reservas, Luc ya se había sacado la camisa por la cabeza, se había quitado el pantalón y se había tirado al agua. Ella se arrodilló al borde del bote—. ¡Luc! —exclamó con severidad—, si esto es otro intento de convencerme para que... ¿Luc?

Había desaparecido.

El agua, ondulada por el chapuzón, regresó a la calma, pero él aún no había vuelto a la superficie.

—¿Luc? ¿Dónde estás? —Estaba intranquila. Se inclinó sobre el borde del bote para inspeccionar la superficie del agua. Luc no había bebido tanto champán como para que fuera peligroso meterse en el agua.

Se descalzó. ¿Debía ir en su busca?

Al final no pudo soportarlo más y se deshizo del pantalón y de la blusa. La ropa interior no se la quitó. Pasó una pierna sobre el borde y luego la otra. El bote se inclinó enseguida. Viktoria se dejó caer al agua con rapidez.

—¡Ah, *ma belle*! —Antes de que se pudiera orientar, él apareció a su lado con un jadeo y la rodeó con los brazos.

—¡Ay, Luc! —exclamó mientras intentaba soltarse—. ¡Que yo no soy ningún cebo!

—Es una lástima. Pero seguro que sabes nadar un poquito. ¡Dentro de nada empiezan los Juegos Olímpicos en Alemania!

Viktoria se liberó, dio unas brazadas enérgicas y se volvió hacia él.

—¡Pues claro que sé nadar! Y muy bien, además, ¡no necesito ningún maestro! —exclamó salpicándolo—. ¡Y tampoco unos Juegos Olímpicos!

—¡Espera! —Luc se le acercó mientras ella se apresuraba a refugiarse detrás del bote, que se mecía a su lado.

Se persiguieron por el agua entre risas y bromas mientras Viktoria disfrutaba de la alegre complicidad, aunque los abrazos estaban llenos de nostalgia y los besos sabían a despedida.

Al cabo de un rato, ella se puso bocarriba y cerró los ojos. Luc se le acercó.

—Viktoria...

—No, Luc. No digas nada más.

—Solo nos queda esta noche.

Ella cambió de postura para agarrarse a su hombro.

—No... no me siento preparada.

Él le dio un beso largo y apasionado y la miró a los ojos.

—Aunque eres una sirena irresistible, te daré cinco minutos de ventaja para que te vistas. Más allá de eso, no prometo ser capaz de controlarme —dijo izándola fuera del agua para que pudiera agarrarse al borde del bote.

Se metió en la embarcación, se quitó de prisa la ropa interior empapada y se puso los pantalones y la blusa. Mientras se escurría el pelo, Luc subió a bordo, haciendo zozobrar el bote de nuevo.

Viktoria apartó la mirada con pudor mientras él se vestía. Al menos, lo intentó... hasta que la curiosidad la obligó a mirar por el rabillo del ojo. Llegó a la conclusión de que entendía a la perfección por qué los corazones femeninos se disparaban en presencia del joven. Pero su historia de amor terminaría al día siguiente, en cuanto subiera al tren que la llevaría de vuelta a Alemania.

Mientras Luc guardaba los restos del pícnic en la cesta, metía los remos en el agua y ponía rumbo a la orilla a ritmo pausado, Viktoria acarició con la mirada la superficie arrugada del lago y la orilla de un color verde profundo, antes de dirigir los ojos hacia el cielo.

La tarde había dado paso a la noche, el sol se había escondido detrás de las colinas al oeste. Ya se veían las primeras estrellas desperdigadas por el cielo. El último resplandor del día relucía en el horizonte en un tono rojo anaranjado y anunciaba que este llegaba irremediablemente a su fin, como todo en la vida.

Ese pensamiento se le clavó como un aguijón.

¿Cómo sería volver a Stuttgart sin su padre? Era incapaz de imaginar la casa, la Mansión de los Chocolates, sin él, ni tampoco la fábrica de chocolate. ¿Saldrían adelante en su ausencia?

—¿En qué piensas? —La voz de Luc entró de puntillas en sus pensamientos.

Viktoria suspiró.

—En la fugacidad.

Él asintió, comprensivo. Había estado a su lado cuando recibió la noticia de la grave neumonía de Victor a mediados de abril, seguida por la de su muerte dos semanas después. La acompañó a la estación de Grenoble para que pudiera ir a casa para el entierro y la recogió una semana más tarde. Estuvo presente cuando Viktoria

informó al *maître* Bonnat de que debía regresar a Stuttgart.

—¿Sabes qué? —dijo y detuvo los remos por un instante—. Mi padre también falleció. Era pescador y un día no regresó. Yo tenía doce años. Sé cómo te sientes.

Viktoria lo miró sorprendida. Hasta entonces apenas había hablado de su familia o de sus orígenes, lo único que sabía de él era que había nacido en Marsella.

—No te lo digo para darte pena —siguió él—. Solo quiero decirte que la vida no siempre es como esperamos. A veces solo con el paso del tiempo nos damos cuenta de que en los momentos difíciles también suceden cosas buenas.

—No creo que pueda salir nada bueno de la muerte de mi padre —dijo Viktoria en voz baja—. Nada de nada.

—No me refiero a eso. Su muerte nunca será algo positivo. Pero a veces, en la vida pasan cosas que nos llevan en nuevas direcciones y... Ay, es difícil de explicar. —Hizo una pausa—. Yo iba a ser pescador, como mi padre. Es probable que nunca me hubiera preguntado si había otro trabajo que pudiera hacer, otro que me hiciera más feliz y me llenara más. Y eso que de niño apenas soportaba el olor a pescado.

Viktoria guardó silencio. Le costaba aceptar el consuelo que él le ofrecía con aquel relato.

—Claro que hoy en día me sigo poniendo triste al pensar en él —continuó Luc—. Para mi madre fue difícil, tuvo que sacar adelante a cuatro hijos, apenas tenía lo suficiente para comer. Pero también se le abrieron algunas puertas. Ahora tiene su propio taller de costura, que regenta con mi hermano mayor y mi hermana. ¿Entiendes lo que quiero decir? Date tiempo, Viktoria.

A ella no se le ocurrió ninguna réplica apropiada. Se hizo el silencio entre los dos. El bote se balanceaba

ligeramente. Con la llegada de la noche, el agua del lago se había calmado.

—¿Puedo remar? —preguntó ella de repente.

—Si quieres, claro.

Se cambiaron de asiento.

Aunque le costaba esfuerzo, el movimiento rítmico le hizo bien. Luc la guio en voz baja hacia la orilla. A cada golpe de remo, Viktoria se sentía mejor, parte de la ligereza de la tarde había vuelto a ella. Él tenía razón: la vida seguía adelante. Aunque aún no pudiera imaginar cómo.

—Bien hecho —le dijo Luc cuando la gravilla crujió bajo la proa. Se apearon y arrastraron la barca hasta tierra firme.

—Bueno, no es que llevar un bote de remos sea algo muy difícil. Pero gracias por apreciarlo.

—Ha sido un trayecto muy agradable —insistió él—. Hubieras podido volcar.

—Jamás. De niña solía remar en el lago Constanza. Pasábamos un par de días allí cada verano.

El chico se echó a reír.

—Se le nota, *mademoiselle* Rheinberger. Rema usted con mucha finura.

Viktoria le dio un manotazo en el hombro.

—Y tú eres un sinvergüenza, Luc. Pero te perdono porque me has preparado una tarde maravillosa.

—Ha sido un placer —dijo él mientras se encendía un cigarrillo—. Viktoria... Aunque vuelvas a Alemania, siempre me tendrás aquí.

—Es bueno saberlo. —Cansada, se recostó contra el lado del bote.

—Corren noticias muy feas de lo que sucede allí.

No supo qué responder. No tenía nada claro lo que la esperaba en Stuttgart.

—Pero bueno —siguió él mientras exhalaba una nube de humo al aire—. Tú conseguirás todo lo que te propongas, *ma belle*.

—Eso espero.

—Y si las cosas no van bien, escíbeme o llámame. Iré enseguida.

Aquello consiguió arrancarle una sonrisa.

—Te llamaré y gritaré: «¡Socorro!».

—Por ejemplo. O di, simplemente, *chocolat* —bromeó él.

—*Chocolat*, ¿por qué no? —repitió ella con una risita—. Luc, ¡ven enseguida, *chocolaaat!*

—Iré corriendo —insistió él, y aunque su tono era jocoso, a Viktoria no se le escapó que hablaba muy en serio.

El extremo del cigarrillo relumbró en la oscuridad cuando él le dio una calada.

Viktoria se detuvo un instante antes de alejarse del bote.

—Creo que es hora de volver. Tengo que hacer la maleta.

Como de costumbre, él dejó caer la colilla al suelo y la tomó de la mano.

—Claro. Y no lo olvides, Viktoria: hace seis semanas volviste a casa de luto. Mañana regresas para comenzar de nuevo.